

propio y en sus celos el valor y la audacia que momentos antes le habia negado la conciencia.

—Tomad, señora—dijo sacando el papel fatal con temblorosa mano.

Doña Leonor fijó en el escrito su afanosa mirada con toda la avidez de su cariño maternal, y Andrea se puso á su lado y leyó tambien porque no tuvo paciencia para esperar.

Ambas recorrieron en un segundo todo el escrito que, como sabemos, contenia pocos renglones; y mientras que Andrea dejaba escapar un grito desgarrador y cruzaba las manos y las levantaba al cielo con ademán á la vez de súplica y de acusacion, su madre, con el aliento suspendido y desfigurado el rostro cuya palidez era la de un cadáver, abrió los brazos y sus pupilas inmóviles, inflamadas un breve instante y apagado despues su brillo, fijaron en el vizconde una mirada vaga, incierta, medrosa y que hacia estremecer de espanto. Luego, sin que de su boca se escapase un solo grito ni una queja, ni un leve suspiro, se estremeció á impulsos de una violenta sacudida nerviosa y cayó sin sentido en el duro pavimento.

El vizconde, como espantado de sí mismo, no se atrevió á moverse ni á socorrer á su desdichada víctima, ni acertó á decir una palabra.

Solo la inocente Magdalena, sobrecojida de terror, prorumpió en llanto y lastimeras quejas y se arrojó sobre el cuerpo frio de su madre.

La luz azulada de un relámpago iluminó instantáneamente aquel cuadro desgarrador, y el pavoroso tableteo del trueno pareció lanzar sobre el vizconde una maldicion y anunciarle un castigo horrible.

Inclinó el mancebo su abrasada frente sin atreverse á mirar á la desdichada madre.

Reinó un silencio profundo, interrumpido solamente por

los sollozos de la cándida Magdalena y por la agitada y desigual respiracion del doncel.

Largo rato transcurrió sin que ninguno se moviese, pues Andrea, en la turbacion de su dolor, ni siquiera se habia apercibido de que su madre estaba á sus piés casi sin vida y necesitando prontos socorros.

Casi podemos decir que el vizeconde estaba horrorizado de su obra, arrepentido de haber consumado tan ruin proyecto, porque no habia llegado á comprender hasta qué punto iba á desgarrar el corazon de una madre. Empero ya no podia retroceder: lanzado por la ceguedad de su pasion en la senda del crimen, le era preciso seguir adelante siquiera fuese por salvarse á sí propio.

—¡Dios mio!—murmuró al fin Andrea con acento ahogado.

Estas palabras estremecieron al doncel que, atreviéndose á levantar la cabeza, intentó decir algunas palabras de consuelo; pero no pudo, y despues de esforzarse para desatar su turbada lengua y abrir sus lábios secos y abrasados por la calentura, estrujó entre sus manos ardientes su gorra de terciopelo azul, y con pasos vacilantes y temerosos primero, y despues con precipitacion, salió del aposento como un loco y bajó de dos en dos los escalones hasta llegar al zaguan donde lo esperaba el bachiller Lagartija.

—¿A dónde vais, señor?—dijo el asesino que no daba al vizeconde el tratamiento de señoría desde que eran compañeros de crimen.—La tormenta arrecia, las calles parecen rios....!

—¡Al infierno!—gritó el doncel, lanzándose á través del ancho y cenagoso arroyo que casi llenaba la calle.

—Pues tras de vos me voy—repuso Lagartija en tono de bronca y saliendo tambien del zaguan.—Allí al menos no lloverá, y hay fuego donde podremos secar nuestros vestidos.

Ambos desaparecieron por la calle del Nuncio, sin que el vizeconde supiese á donde iba ni casi pudiese darse cuenta aun de lo que acababa de sucederle. Tal era su estado de exalta-

cion mental producido por la fiebre nerviosa que abrasaba su pecho y su cabeza.

Entretanto Andrea, mientras que en ayes lastimeros exhalaba su agudo dolor, prestaba á su madre los auxilios de que tanto necesitaba, hasta que atraídos por sus lamentos llegaron algunos vecinos para ayudarle en aquel trance de amargura sin igual.

No estaba el día hermoso, ni el viento calmado, sino que el sol, suspendido en la cumbre de los montes, derramaba sobre la tierra sus rayos ardientes.

Zoraida estaba en su cuarto, y una imagen de la muerte, cuando entró el médico, se le presentó á la vista.

— ¿Habéis estado en casa de doña Leonor?

— Sí, hija, y he estado en su acedio.

— ¿Qué os dicen?

— Ya lo veis, hija, no nos largo de aquí.

— Os días pasaron de amarguísimo dolor, de incomparable tormento para la madre, hija, que horaba la vida de su mejor hijo.

En este tiempo, ni doña Leonor ni Andrea fueron á visitar á Zoraida.

— Pero esta no dejó de enviar un recado cada día para saber de la salud de la dama y si se había

bien recibido noticias del poeta.

Al tercer día fué Andrea al convento y dijo á la hermana que su hermano estaba gravemente herido, y al siguiente día que habían recibido otra carta y que pedíase su vida.

La buena hermana de Cervantes, convida de Zoraida, no quiso darle repentinamente la triste noticia, y aun así, du-



CAPITULO XVII.

La carta sigue produciendo sus efectos.



os días pasaron de amarguísimo dolor, de incomparable tormento para la madre infeliz que lloraba la pérdida de su mejor hijo.

En este tiempo, ni doña Leonor ni Andrea fueron á visitar á Zoraida; pero esta no dejó de enviar un recado cada día para saber de la salud de la dama y si se habían recibido noticias del poeta.

Al tercer día fué Andrea al convento y dijo á la berberisca que su hermano estaba gravemente herido, y al siguiente, que habían recibido otra carta y que peligraba su vida.

La buena hermana de Cervantes, condolidada de Zoraida, no quiso darle repentinamente la triste noticia, y aun así, hu-

bo de costarle trabajo el contenerla para que no abandonase el convento y arrebatada por su dolor fuese en busca de su amante para prodigarle sus cuidados ó morir con él segun decia.

Veinte y cuatro horas despues, doña Leonor, aunque sin haber recobrado del todo sus fuerzas, decidió visitar á la berberisca y llevarle la carta de Rodrigo.

No estaba el dia tormentoso ni el viento silbaba, sino que el sol, suspendido en la celeste bóveda, derramaba sobre la tierra sus torrentes de luz.

Zoraida estaba en su celda y oraba fervorosamente, ante una imágen de la santa Virgen, por la salud de Cervantes, cuando entró la madre de este con vacilantes pasos.

—¿Habeis recibido carta?—dijo la berberisca, corriendo hácia doña Leonor.

—Sí, hija mia—le contestó esta con lánguido y triste acento.

—¿Qué os dicen?

—Ya lo vereis.... dejadme reposar un instante porque apenas tengo fuerzas para sostenerme.

Sentóse doña Leonor y á su lado Zoraida.

—Estais muy pálida—dijo esta;—debeis haber llorado mucho.... ¡Ah!.... Me estremezco....

—Ya sabeis que todas las probabilidadas eran de una desgracia....

—¡Por Dios, explicaos!—interrumpió la berberisca que se encontraba en igual situacion que cuatro dias antes la madre del poeta.

—Cualquiera mala noticia que recibamos no debe sorprendernos, y....

—¡Dios mio!.... ¡Me haceis temblar!....

—Y si el Omnipotente, en su infinita sabiduria llegase á disponer....

—¡Ah!—exclamó Zoraida, estremeciéndose y á la vez que

fijaba en doña Leonor una mirada de afanosa angustia.—¡Esplícaos, señora!... ¡Pon compasión!

—Os daré la carta que he recibido.

—Sí, sí, dadme esa carta.... ¡Dios mio, tened piedad de mí!...—exclamó la berberisca con acento tan doloroso que profundizó las heridas del corazón de la viuda.

—Sois cristiana—repuso ésta—y debéis conformaros con la voluntad de Dios y bendecir su mano santa cuando en vez de alegrías os envíe pesares.

—¡Oh!.... sí, yo lo bendigo siempre, lo bendeciré, pero dadme esa carta, que yo sepa si vive.

Doña Leonor exhaló un profundo suspiro y repuso:

—Seguid mi ejemplo y imitadme.

—¡La carta!... ¡Oh!... ¡La carta!

—¡Dios os dé fuerzas!—murmuró la viuda.

Y sacó de su seno la carta fatal, y lo mismo que el vizconde, aunque por distinta causa, la puso temblando en manos de la berberisca.

¡Infeliz Zoraida! Su agitado corazón iba á sentir el cruel tormento de un dolor desconocido. ¡Cuántas esperanzas, cuántas ilusiones iban á desvanecerse en un instante!

Sus ojos, abiertos como si fuesen á salirse de sus órbitas, brillantes como si fuesen á despedir dos centellas, fijaron ávidamente una mirada afanosa en el escrito. Empero luego, dejando caer los brazos, inclinando la cabeza sobre el pecho con aire abatido y trocándose en triste y lánguida la mirada ardiente y afanosa, dijo:

—¡No sé leer esta escritura!

Efectivamente, en su deseo de saber lo que había sido de su amante, no se acordó de que no sabía leer sino la escritura árabe, y eso por rara casualidad, pues en su país, como en el nuestro en aquella época, la educación de las mujeres era en extremo descuidada.

Doña Leonor volvió á tomar la carta y guardó silencio.

—¡Leed, señora!—repuso Zoraida.—
 Pero la viuda, dominada por su dolorosa emoción, ni acertó á moverse ni á pronunciar una palabra. ¿Qué habia de sucederle á aquella madre infeliz? Su situacion era horriblemente penosa: tenia que dominar su desgarradora emoción para dar á su exterior alguna serenidad y no aumentar el dolor de la berberisca. ¡Prestar ella consuelos cuando tanto los necesitaba!

La agitacion de Zoraida crecia entretanto, y aunque debió haber comprendido que su amante ya no existia porque bien claramente lo habia demostrado doña Leonor con sus indicaciones y sus reticencias, pero aun no quería creerlo y su dolor buscaba el consuelo de una esperanza loca, luchando para no convenirse de lo que tanto temia.
 —¡Oh, leed!—volvió á decir la infeliz.—Vuestro silencio me espanta.... ¡Dios mio!

Y volviendo sus negros ojos llenos de lágrimas hácia la imágen de la Madre de Dios como para buscar un consuelo, exclamó:

—¡Madre bendita, tú que nos diste ejemplo de santa resignacion cuando pusieron en tus maternales brazos el Hijo Santo que acababa de espirar, derramando por nosotros su sangre, dame fuerzas para no sucumbir bajo el peso de mi dolor y poder dedicarte los dias que me resten de vida á bendecir tu nombre!...

No pudo proseguir la infeliz Zoraida porque sintió oprimido su pecho hasta el punto de no poder respirar.

—Descansad—dijo entonces doña Leonor—que bien necesitais fuerzas. Mañana volveré....

—¡Oh, no!—exclamó repentinamente la berberisca, levantando la cabeza á impulsos de una sacudida nerviosa—

Y el llanto desapareció de sus ojos cuya mirada, en vez de triste y dolorosa, se tornó sombría y vaga, en tanto que parecia haber recobrado repentinamente sus fuerzas.

—Decidlo de una vez—repuso con exaltacion febril:—nada temais, aun tengo fuerzas para soportar el terrible golpe que me anuncias.... Hablad, señora.

Doña Leonor se estremeció al ver el aspecto de Zoraida, y no se atrevió á hablar.

—¿Por qué callais? repuso la berberisca, poniéndose de pie. —Os he dicho que nada temais.... ¿Ha muerto?

La viuda levantó pausadamente su brazo derecho y señaló al cielo.

Zoraida retrocedió un paso como si le infundiese miedo doña Leonor; sus ojos se abrieron estremadamente y se revolvieron en sus órbitas, y luego se oprimió el pecho y entreabrió la boca como si fuese á dejar escapar un grito, pero despues de vacilar algunos instantes, una carcajada sardónica, horrible, salió de sus secos lábios y estremeció convulsivamente su cuerpo.

La viuda exhaló un grito y se arrojó sobre la infeliz berberisca que cayó sobre el pavimento, presa de una violenta convulsion.

A los pocos instantes acudió Zamareta y luego algunas monjas.

Zoraida quedó luego aletargada, y no volvió á dar señales de vida hasta la noche en que rompió á llorar con muestras de su profundísimo dolor.

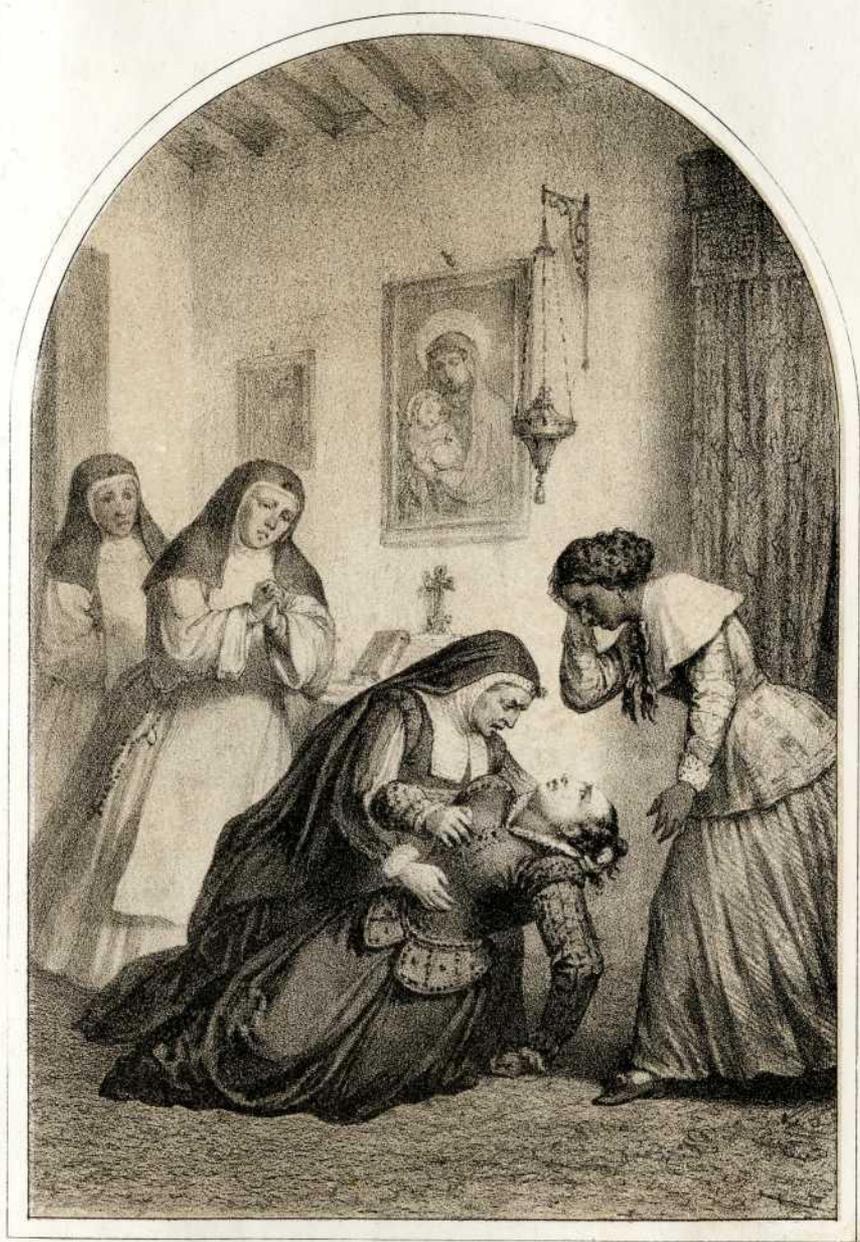
Cuando se sintió mas tranquila por el desahogo del llanto y por las palabras consoladoras de las religiosas, dijo á la abadesa:

—Madre, quiero dedicar mi vida á la oracion y á la penitencia.

—Así alcanzareis el incomparable bien de la gloria eterna

—le contestó la superiora.

—Legaré al convento mis riquezas y entraré en vuestra comunidad si os dignais admitirme.



Zarza d.^o y lit.^o

lit. Heràldica.

....Cayo sobre el pavimento, presa de una violenta convulsion.



CAPITULO XVIII.

Cómo se encontraba Zoraida.



EL vizconde se habia equivocado, y aunque el bachiller Lagartija no habia tampoco adivinado el resultado de la intriga, sin embargo, aproximóse mas su cálculo cuando dijo que Zoraida no seria ni del uno ni del otro.

Tras la primera escitacion dolorosa de la berberisca, vino la enervacion, la mas estremada languidez, y lo que fueron quejas y sensaciones locas contra el destino, tornáronse amargas lágrimas y tiernas súplicas al Eterno, en demanda de resignacion y fé.

Tres dias despues de lo que hemos referido en el capítulo anterior, Zoraida estaba sola en su celda, recostada en un

ancho sillón, cerca de una ventana y contemplando el cielo con mirada triste. El centellante fuego que en otro tiempo animaba las negras pupilas de sus grandes ojos, había desaparecido para dejar que asomase á ellas la dolorosa tristeza del alma. Una palidez mate cubria su rostro, antes de transparente blancura, y las rosas de sus mejillas, parecia que comenzaban á perder su frescura, marchitadas por el fuego abrasador de los pesares.

¡Pobre Zoraida!

Ya en otro tiempo la vimos tambien, como la azucena á quien el rocío niega el consuelo de sus perlas, y sus besos la brisa, y sus arrullos la mansa y cristalina corriente, inclinar su débil tallo como si su cáliz buscase sepultura en la abrasada arena ó en las espumas del arroyo; pero sus hojas volvieron á estenderse con lozanía y á mecerse orgullosa, levantando al cielo su corola brillante, porque apagó su sed el rocío, refrescó la brisa sus ardores y la juguetona corriente la arrulló con dulce murmurio.

Empero aquellos dias felices pasaron para no volver porque las gotas de rocío lo fueron de hiel amarga y venenosa, el blando soplo de la brisa habíase trocado en recio y abrasador huracán, y los dulces murmurios del cristalino arroyo en los amedrentadores mugidos de cenagoso torrente.

Esparcíanse en desórden las negras trenzas de sus brillantes cabellos, y á la espresion dolorosa de su semblante y al abatimiento que en ella se advertia, daba mas triste aspecto el vestido de negra lana que envolvía desarregladamente sus formas.

El sol estaba ya muy cerca de su ocaso y comenzaba á estenderse en el horizonte, sobre la cumbre de las montañas occidentales, esa faja de vivísimo fuego que se cambia en sonrosado crepúsculo cuando acaba de ocultarse el astro del dia.

Llegaban hasta la celda los últimos trinos del gilguero y

el eco del canto del gallo que despedía á su amigo el sol, y el soplo casi imperceptible de un céfiro suave entraba por la ventana silenciosamente y llegaba hasta Zoraida con la timidez del que no quiere interrumpir el tranquilo sueño de un desgraciado que no tiene mas felicidad que dormir.

Silencio y quietud; reposo, conmovedor reposo rodeaba á la infeliz berberisca.

Nunca habia estado el cielo tan puro y transparente, nunca habia estado la naturaleza tan encantadora.

Empero Zoraida encontraba en todo motivo de mayor tristeza: si miraba al cielo, se acordaba de que allí debia estar su amante; si sentia en su abrasada frente el soplo de la brisa, creia que era el último suspiro del poeta que iba á pedirle una lágrima, y si escuchaba el canto de las aves, tomábalo por lamentos que respondian á los de su pena.

A pesar de sus creencias religiosas, no podia olvidar la berberisca la prediccion de la esclava Jaguá: se habia cumplido, la pasion que les inspiró Cervantes habia sido fatal para ambas.

¡Pobre Zoraida!

La infeliz habia comenzado á espiar el pecado de sus debilidades como esposa y como mujer.

Largo rato permaneció inmóvil, con la mirada fija en el cielo y puesta una mano sobre el corazon que débilmente latia.

Se perdieron en la inmensidad del espacio los últimos trinos de las aves.

Taño el esquilon del convento el toque del *Angelus*, y al vibrar y alejarse sus ecos tristes, estremeciósse Zoraida, exhaló un suspiro débil y á sus ojos asomaron dos gruesas lágrimas que se deslizaron por sus pálidas megillas, dejando una brillante huella.

Pasóse las manos por la frente como si quisiese sacudir un pesado sueño, y luego se arrodilló.

¡Con cuánta fé, con cuánta ternurá salió de sus lábios la oracion de la tarde!

Sin duda, absorta en sus tristes ideas, repitiendo las frases dulces de su rezo, hubiera permanecido en aquella postura largo rato si á interrumpirla no llegase la superiora.

Era esta una anciana de noble aspecto y en cuyo rostro, marchito y arrugado por el tiempo, se vian pintadas la inocencia y la candidez de una niña. Era flaca en extremo, y su espalda estaba encorbada por el peso de los años, por la costumbre de inclinarse y por la falta de movimiento consiguiendo á su sosegada vida. Era torpe y tardío su páso, y andaba apoyando su descarnada diestra en un baston de caña de Indias con puño en forma de muleta.

—¿Cómo os encontráis?—dijo con acento cariñoso y acercándose á la herberisca.

Esta le ayudó á sentar en su sillón, y acercando otro y colocándose junto á la anciana, contestó:

—Resignada, madre mia; pero nada mas que resignada.

—Ya se calmará vuestro dolor si así lo pedís con fé al Omnipotente.

—Sí, se calmará—repuso tristemente Zoraida;—se calmará á medida que se acaben las fuerzas para sentir....

—¡Siempre esos lúgubres pensamientos!....

—¿Qué puede esperarse de quien siente acabársele la vida como se vé desaparecer la luz de ese sol que se oculta tras las montañas?

—Ya recuperareis la salud del cuerpo y la tranquilidad del espíritu, pero no os abandoneis al dolor.

—No me espanta la idea de la muerte, madre mia, sino que me consuela porque será el término de mis sufrimientos. Lo único que pido á Dios es que me perdone mis muchos pecados, pero no que prolongue mi existencia. ¿Qué puedo esperar en esta vida? Dolores y llanto. Todo es negro en torno mio, nada veo que me sonria, y si mis ojos, cansados de no

encontrar mas que recuerdos desgarradores, dirijen sus miradas al horizonte de lo porvenir, no ven mas que un negro caos ó un desierto de abrasadoras arenas, sin límites que den la esperanza de encontrar mas allá la sombra que convida al descanso y la fuente que apaga la sed.

—Ideas nacidas de vuestro mismo dolor; pero este se calmará con el tiempo y la oracion que cierra todas las llagas del alma.

—Es mi único consuelo y por eso, madre mia, quiero dedicar los dias de mi penosa existencia á la oracion.

—Ya os dije que meditaseis sobre ese punto porque vuestra resolucion, aunque muy santa, como hija de un arrebato de dolor, podia no ser duradera, y un arrepentimiento tardío seria vuestro mayor tormento y quizás vuestra eterna condenacion.

—Lo he meditado y cada vez lo deseo mas. No dejo en el mundo nada que pueda halagarme y provocar mi arrepentimiento: ni tengo padres, ni parientes, ni amigos: solo esa infeliz negra que me sirve es mi única, mi última afeccion, y no se separará de mí.

—Os ama mucho.

—Hartas pruebas me tiene dadas de su cariño.

—Segun esta mañana me ha manifestado —repuso la anciana— tomará tambien el hábito si vos lo haceis.

—Tal empeño muestra....

—No he querido apartarla del buen camino.

—Ahora—dijo Zoraida despues de algunos instantes— falta conseguir la dispensa que quiero para profesar en seguida.

—Creo que se concederá.

—¿Y si nó?

—Vuestra justa impaciencia tendrá que refrenarse y esperar el tiempo de noviciado establecido; pero estareis entre nosotras como si ya hubiéseis pronunciado los santos votos, podreis dedicaros á los mismos ejercicios, y....

—No me basta, no estaré tranquila....

—¡Que no estareis tranquila!—repuso la superiora con estrañeza. —No comprendo....

—Quiero que me separe del mundo y que me una á vosotras un lazo que nadie pueda romperlo, que no haya quien deje de respetarlo.... ¡Tengo miedo!—exclamó la berberisca que no podia separar de su memoria el recuerdo del vizconde, aunque este no habia vuelto á incomodarla.

—Os repito que no os comprendo—dijo la sencilla abadesa.

—No conoceis el mundo, ignorais los peligros que puede correr una mujer sola, y por eso no me comprendereis. Básteos saber que me espanta la idea de tener que salir de esta santa casa, y que solo el sagrado de mis votos religiosos impondrá respeto á quien á nada lo tiene.

—Mucho habeis sufrido sin duda.

—¡ Ah! mis ojos no han hecho mas que verter lágrimas: en mi país somos muy desgraciadas las mujeres, y cuando logré abandonarlo, libre de las cadenas de oro que me sujetaban en mi encierro, ya veis lo que he encontrado.

— ¡ Infeliz! —murmuró la abadesa cuyos ojos se humedecieron.

Las megillas de Zoraida se cubrieron de llanto, y se sucedió un silencio profundo.

Apenas se divisaban ya algunos tímidos rayos de sol.

El crepúsculo iba estendiendo sus dulces resplandores.

La berberisca sintió abrasada la frente y palpar su corazón con desigual violencia. La aparente tranquilidad que habia mostrado en la anterior conversacion no hubiera dado á conocer á nadie el agudo dolor que sufría.

—¡No puedo olvidarlo!—murmuró con acento débil.—¡Perdonadme, Dios mio!...

—Valor, hija mia—dijo la abadesa.

—Necesito que me fortifiqueis con vuestros consejos.

—Si conservais la fé en Dios....

—¡Oh, sí!

—Si una mira de particular interés no os lleva al pie del altar....

—Nó, madre mia, pero no he podido olvidarlo.

—El tiempo, vuelvo á deciros, el tiempo y la oracion....

—¡Cuánto sufro!

—Tranquilizaos: se acerca la hora de que tomeis algun alimento y debeis estar mas sosegada.

La abadesa se levantó.

—¿Os vais, madre mia?

—Me es preciso, pero volveré—contestó la anciana.

Y despues de dar su mano á besar á Zoraida, salió del aposento en tanto que esta seguia derramando copioso llanto.

Mientras esto sucedia, el vizconde y el bachiller Lagartija, en la hostería de Mancioni, tenian el siguiente diálogo:

—Veo que el tal rapavelas—decia el vizconde—es mozo que vale mucho y servirá para el caso.

—Nos conocimos en Flandes, dando cuchilladas á los hereges, y fuimos camaradas.

—¿De modo que podreis hablarle con entera franqueza?

—Si me conviene.

—Sois un tunante.

—Y el sacristan casi tanto como yo, por lo que ha sido un cargo de conciencia perder el tiempo en el maldito viaje sin haber conseguido otra cosa que poner de mal humor á la dama.

—Voy conociendo que he cometido una torpeza, pero ya no tiene remedio.

—Y ahora que le ha dado la manía de ser monja....

—Pero antes que llegue ese caso....

—Por supuesto, estará en otra celda que no sea del convento de las Trinitarias.

—¿Cuántos dias calculais que se necesitan para poner en práctica nuestro plan?

—Quince lo menos porque es preciso esperar la ocasion que os he indicado.

—Si dijéseis quince horas seria llevadero.

—Paciencia, señor.

—Se me va acabando.

—Eso decís hace mucho tiempo.

—Bien, dejaos de réplicas y ocupaos de lo que importa.

—Ahora me voy porque tengo que despachar otro negocio.

—Digno de vos será.

—Por el estilo del vuestro, señor.

CAPITULO XIX.

De cómo todos iban perdiendo cada vez mas, excepto el bachiller.



ESOS dias pasaron durante los cuales Zoraida siguió llorando sin cesar y anhelando el momento de pronunciar los votos religiosos, sin saber que con esto ella misma abria un abismo que la separaria para siempre del hombre á quien tanto amaba.

¿Pero cómo habia de sospechar la infeliz que era una mentira infame la muerte del poeta, y que mientras este viviese podia abrigar siquiera una leve esperanza de recuperar el corazon que le habia robado otra mujer? Lo mismo que doña Leonor, ella habia sido engañada porque la intriga se habia manejado con bastante habilidad. No habia, pues, para la infeliz esperanza alguna, y en tan triste situacion, sola, en estraña tier-

ra y perseguida por un hombre tan depravado que no reparaba en los medios, por criminales que fuesen, con tal de lograr sus fines, la berberisca no encontró para librarse de los peligros del mundo otra defensa mejor que su encierro en el claustro, ni para curar las heridas de su alma otro bálsamo que la oracion. Tambien creyó un deber respetar la memoria de Cervantes no dando lugar á que su corazon se interesase por otro hombre, y esta consideracion acabó de decidirla á persistir en su primera idea de tomar el hábito.

Doña Leonor y Andrea lloraban tambien y ningun consuelo podian prestar á la berberisca, pues que ellas lo habian menester, siendo, como era, tan grande su afliccion.

Así pasaban los dias aquellas tres mujeres tan dignas de compasion, mientras que el vizconde, mas apasionado cuantos mas obstáculos encontraba, seguia con incansable ardor su criminal intriga, ayudado por el astuto bachiller que esplotaba hábilmente los bolsillos del enamorado mancebo.

Las nueve de la noche acababan de dar, y el bachiller Lagartija, apurando sorbo á sorbo una botella de vino de la Mancha, encontrábase en el mas apartado rincon de una taberna que habia en la plazuela de Puerta Cerrada y donde acostumbraban á reunirse muchos de su oficio para tratar de sus negocios. Dificilmente hubieran podido distinguirse sus facciones, pues la habitacion no estaba alumbrada mas que por un candil de garabato que parecia dormir como el dueño de la taberna tras de su negro mostrador; pero no fué obstáculo la escasez de claridad para que lo reconociese un hombre que entró, y que acercándosele le dijo:

—Aquí me tienes, mi amigo y camarada, con deseos de ayudarte á concluir con esa botella.

—Ya era hora de que llegases—le contestó Lagartija.

—Eres muy vivo de genio—replicó el recién llegado mientras que sin mas cumplimientos llevaba á los labios un vaso de vino.

—Como tú lo eras en otro tiempo, pero desde que tomas-tes ese pícaro oficio de sacristan te has vuelto perezoso como toda la gente de sotana.

—Bien puedes llamarle pícaro porque en él no hay per-cances, sino desgracias, y de estas puedo presentarte un ejemplo en la que yo he tenido hoy que me ha dejado sin sa-cristia, y por consiguiente sin velas que afeitar ni beatas á quienes sacar el dinero, ni cepos que limpiar.

—¿Qué dices?—replicó Lagartija sorprendido.—¿Ya no eres sacristan de las monjas?

—No soy mas que murciélago ó lechuza, pues solo de no-che puedo salir de mi nido sino quiero que den sobre mi los corchetes de la villa.

—¿Has hecho alguna de las tuyas?

—Soy víctima de una injusticia—respondió el ex-sacristan con cómica tristeza.

—Pues no podias haber esperado á mejor ocasion.

—¿Qué he de hacerle? Mucho lo siento porque he perdido una posicion social que me daba ciertas preeminencias y emo-lumentos que lloraré toda mi vida.

—Espícate con claridad y deja esa palabreria que has aprendido entre las hopalandas.

—Pues bien, amigo mio, has de saber que esta mañana, por rara casualidad me dejaron solo algunos momentos mien-tras me ocupaba en limpiar el polvo á una vírgen, y sin sa-ber cómo, al sacudir el trapo con que limpiaba, se desprendió una gruesa perla de la parte de atrás de la corona de la imá-gen, y en vez de caer al suelo, cayó en mi bolsillo sin que yo lo advirtiese.

—No te corregirás.

—Como el dia era desgraciado, sucedió lo que no debía es-perarse, y fué que á la madre abadesa se le antojó quitar la corona á la vírgen para ponerle la de las grandes fiestas, y al hacerlo así echaron de menos la joya. Nadie se acercaba á la

virgen sino yo, y unido esto á la circunstancia de haberme quedado solo algunos momentos, sospecharon de mi pureza, y sin andarse en mas miramientos me rodearon el cura, la abadesa y cuatro monjas, me interrogaron, me amenazaron, y últimamente se atrevieron á registrarme.

—No es menester que digas lo demas.

—Pero sí que cuando me encontraron la perla y me vi perdido, me remangué la sotana, descargué una tremenda coz sobre la enorme barriga del cura, di un cachete á la monja que tenia delante, y logré escapar.

—Pues ya puedes andarte con cuidado.

—Como que se me acusará de robo y sacrilegio, siendo lo segundó bastante para que la inquisicion me tome por su cuenta y despues de apretarme la calle del pan me convierta en ceniza para escarmiento de sacristanes que saben limpiar demasiado bien el polvo.

—¿Es decir que ya no puedes servirme?

—Algo porque conozco las entradas y salidas del convento, las costumbres de las monjas y estoy al alcance de muchas cosas que pueden ser de gran provecho para el negocio que te ocupa.

—¿Y ahora no tienes ninguna noticia que darme.

—Sí, una de mucha importancia, pero no te la regalo sino que te la vendo, y aunque muy barata, algo ha de costarte.

—¿Cuánto quieres?

—Poco, una botella de vino porque tengo una sed que me ahogo, y aquí no quedaba mas que un vaso.

Lagartija llamó al tabernero, le mandó traer una botella, y luego dijo:

—Sepamos esa noticia tan importante.

—La dama en cuestion será monja.

—Eso ya lo sabiamos.

—Pero no queriendo esperar á que pase el año de noviciado, pidió una dispensa de este.

—Eso es decir algo.

—Falta lo mejor.

—¿Pero cómo no me has dado antes esa nueva?

—Nada supe hasta ayer por la tarde.

—Bien, continua.

—Y al mismo tiempo....

—¿Pero crees que le concederán la dispensa?

—Ya se la han concedido.

—¡Que se la han concedido!—repitió el bachiller con acento de desagradable sorpresa.

—Sí, camarada.

—¡Vive Dios!

—¿No te gusta?

—¿Cómo ha de gustarme?.... ¡Voto al infierno!

—Pues es peor aun lo que tengo que decirte.

—¿Profesa mañana?

—Nó, pero lo hará dentro de pocos dias.

—¿Sin necesidad de ningun otro requisito?

—Queda autorizada la abadesa para permitírsele cuando mas le plazca.

—¡Por el infierno, señor sacristan!....

—¡Ojalá lo fuese aun!....

—El negocio toma mal aspecto.

—No debes descuidarte.

—¿Y no tienes idea del dia en que piensa hacer esa dama semejante desatino?

—Lo ignoro, pero no debe tardar mas que lo preciso para prepararse porque muestra los mayores deseos de profesar.

—¡Ahora que no podemos contar con tu ayuda!....

—Tengo para mí, segun la prisa que se ha dado, que no ha de pasar un mes sin que pronuncie los votos.

El bachiller meditó algunos instantes, y luego se levantó, disponiéndose á marchar.

—Mañana te espero aquí—dijo al sacristan cesante.

—¿A esta misma hora?

—Sí.

—Buena estrella te guie y á mi me aproveche esta botella.

Lagartija salió y con acelerado paso se encaminó á la hostería donde lo esperaba el vizconde para saber el resultado de la entrevista con el sacristan.

—¿Lo habeis visto?—preguntó el mancebo al bachiller apenas lo vió entrar.

—Sí, señor.

—¿Y qué noticias?....

—Malas.

—¡Por Satanás!—exclamó el vizconde palideciendo.

—Mucha prisa tenemos que darnos.

—¿Pues qué sucede?

—La dama será monja antes de un mes....

—¡Imposible!—interrumpió el enamorado.

—Antes de quince dias....

—Estais loco.

—Antes de que concluya la semana....

—¡Señor Lagartija!....

—Lo que os digo, señor!

—¿Pero cómo es posible?....

—Alcanzando una dispensa del noviciado.

—¿Quién concede esa autorizacion?

—No lo sé ni nos importa mas sino que es así y que puede profesar mañana mismo si se empeña en ello.

—¡Oh!—exclamó el vizconde, apretando los puños con rabia.

—Aun tengo que deciros otra cosa peor.

—¡Se conjura el infierno contra mí!

—Mi camarada ya no es sacristan del convento.

—Eso mas!....

—Ni puede presentarse en él porque ha salido por ladron y sacrilego.

—¡Señor Lagartija ó señor demonio! no prosigais porque soy capaz de retorceros el pescuezo!

—Así mejoraria mucho vuestra situacion.

—Es que estoy desesperado.

—Tanto peor.

—¿Qué hemos de hacer?

—No he tenido tiempo de pensarlo.

—Voy perdiendo la esperanza.

—Siempre os quedará un recurso.

—¿Cuál?

—Sacarla del convento.

—¿Y si antes de poderlo hacer profesa?

—El hábito no hace al monge, señor.

—¡Jamás!—exclamó el vizconde estremeciéndose á impulsos de un resto debilísimo de respeto á lo sagrado.

—¿Todavía sois escrupuloso?

—No volvais á proponerme tan horrible crimen.

—Pues tened entendido que el plazo es corto, y si no podeis conseguir vuestro deseo ántes de pocos dias, habreis de renunciar á vuestro amor y echar el anzuelo por otro lado.

—¡Renunciar á ella!—murmuró el doncel.

—Es lo mas probable.

—¿Y vuestra travesura, vuestra osadía?....

—No dejará de emplearse en vuestro servicio, pero el hombre propone y Dios dispone.

—Señor bachiller, no perdais un instante.

—Tengo citado al sacristan para mañana.

—¿Qué pensais proponerle?

—Lo meditaré esta noche, iré á veros por la mañana, y os consultaré.

—No perdoneis medio alguno.

—Ya os he dicho que ese maldito sacristan es codicioso como un judio.

—No importa.

- Y ya no me queda un maravedí.
- ¿Es que queréis dinero?
- Si no lo lleváis á mal....
- Tomad—dijo el mancebo á la vez que echaba sobre la mesa algunas monedas de plata.—Es cuanto poseo. Tengo que recurrir al viejo hipócrita.
- ¿El señor Justo?
- Sí.
- Os arruinará.
- ¿Qué he de hacer?
- Casi me voy convenciendo de que hariais un buen negocio casándoos con la presunta monja.
- ¿Por qué?
- Tiene muchas y muy gruesas perlas, magníficos brazaletes con brillantes y otras frioleras por el estilo que os sacarian de apuros.
- No teneis un sentimiento noble.
- Por eso me acerco á vos, para ver si se me pega alguno de los vuestros—replicó el bachiller con la mayor desvergüenza.
- Pocas palabras mediaron ya, y el vizconde dejó á Lagartija que era la única persona que iba ganando en aquel juego.

CAPITULO XX.

De cómo el sacristan era mozo de tanta cuenta como Lagartija.



ESESERÁBASE el vizconde porque todo el ingenio del bachiller Lagartija y el conocimiento que de las costumbres de las monjas tenia el sacristan, no sirvieron de nada para encontrar medio de sacar del convento á la berberisca. En vano el enamorado mancebo empeñaba sus joyas y su ya mermado patrimonio para satisfacer las continuadas exigencias de los dos asesinos; todo era en vano, los dias pasaban y el de la profesion se acercaba sin haber hecho otra cosa que gastar el tiempo y la paciencia, perder el dinero con la esperanza, y encontrarse cada vez peor.

Despues de dos semanas, durante las cuales el bachiller

apuró por lo menos cincuenta botellas, ó como él decia, se inspiró con la sangre de cincuenta musas, una noche en que llovía como si amenazase un segundo diluvio, y en que el azulado fulgor de los relámpagos y el espantoso crujido de los truenos hacia temblar amedrentados á los habitantes de la coronada villa, el vizconde, con la cabeza inclinada sobre el pecho, la mirada torva y sombría y dominado por la ira mas reconcentrada, entró en la hostería de maese Mancioni, y sin contestar al humilde saludo que este le dirigió, atravesó el zaguan y entró en el aposento donde acostumbraba á tener sus entrevistas con el bachiller.

Ya lo esperaba este media hora hacia, apurando la quincuagésima primera botella de las que hemos mencionado, sin que su musa predilecta hubiese querido favorecerlo inspirándole una idea para servir al que tan generosamente le pagaba.

—¿No ha venido ese hombre?—dijo el mancebo al entrar y mientras que dejaba caer sobre una silla su mojada capa y su gorra de terciopelo sobre la mesa.

—No son las nueve todavía, señor—contestó el bachiller, examinando el rostro contraído del vizconde.—No faltará....

—¿Y aprovechais el tiempo emborrachándoos?

—Tenia sed y....

—¡Vive el cielo!—interrumpió el doncel, descargando una puñada sobre la mesa.—¡Bien holgais y os divertís con mis escudos mientras que yo me desespero!

—Primeramente, señor—repuso Lagartija—habeis de considerar qué yo no estoy enamorado, y luego....

—Basta, que tanto hablar á nada conduce. Lo que hay que hacer es terminar el negocio bien ó mal ó dejarlo de una vez.

—Soy de vuestra opinion, señor vizconde, pero la ocasion no viene cuando se desea, sino cuando le da la gana, y lo que hay que hacer es no dejarla pasar y tener acierto para aprovecharla.

—Pero hace muy cerca de un mes que vinimos de Portu-

gal, y esa ocasion no llega, y todo se vuelven consultas, idas y venidas.... ¡Vive el cielo!.... Ya me canso, estoy aburrido, desesperado, y no quiero seguir adelante con este enredo que acabará por volverme loco.

—Quede en tal estado si así os place.

—Si nada ha de conseguirse, ganaré mucho con no calentarme la cabeza ni gastar el dinero.

—Bien, señor, bien—repuso con calma Lagartija.

—Esta noche ha de quedar todo concluido: ó ese canalla de sacristan ha pensado algo que merezca la pena de tomarse en consideracion, ó abandono el campo aunque me muera de rabia y tenga que desahogar mi enojo ahogándoos á los dos.

—No ha podido hacerlo todavia el verdugo: y eso que hay muchos corchetes y escribanos que de ello tienen mucha gana.

—¡Señor Lagartija!....

—Señor vizconde, no es apretarme el pescuezo lo que ha de abriros las puertas de las Trinitarias. ¿Os pesa el dinero que me habeis dado? Pues si algun dia llegamos á entrar en el convento y me cojen con las manos en la masa, veremos si vuestros escudos pueden servirme para que no me pongan una coroza y un sambenito y me azoten y me tuesten como á un judío.

—En ese caso no seria mi riesgo menor.

—Os equivocais porque vos me diríais, entrad, sacadla y traédmela.

—Poco se perderia con que os quemasen.

—Creo—replicó el bachiller en uno de sus atrevidos y desvergonzados desahogos,—que á vos no os echarian de menos en la villa.

—¡Canalla!—exclamó el vizconde, cerrando los puños con ademan amenazador.

Quizás la disputa no hubiese parado en bien, pero la puerta se abrió en aquel instante y el sacristan entró diciendo:

—Pax vobis.

—Me alegro—le dijo Lagartija.—Llegas en buen momento.

—Siempre me ha sucedido lo mismo, excepto el desdichado día en que limpiando el polvo....

—No estamos para bromas, seor tunante—interrumpió el mancebo.

—Os equivocais, señor vizconde; debemos alegrarnos.

—¿Traeis alguna buena noticia?

—Lo que es noticia, ninguna, pero.... es decir, tambien he de dar noticias....

—Acabad—interrumpió afanosamente el vizconde.

—Dejadme que comience.

—No eras antes tan hablador.

—Desde que aprendí latin se me soltó la lengua....

—Sepamos, don bergante—replicó el mancebo con tono de mal humor.

—He formado un plan....

—¡Un plan!....

—Segurísimo.

—¿Para entrar en el convento?

—Para salir ya sé que no hay mas que limpiar el polvo....

—¡Voto al infierno!—exclamó con impaciencia el doncel.

Y descargó tal puñada sobre la mesa, que el velon perdió su centro de gravedad y hubiese caído á no sejetarlo el sacristan hablador, que dijo con tono grave:

—Fiat lux, es decir, hizo fiasco la luz....

—¿Acabareis?

—Será difícil si seguís interrumpiéndome.

—Proseguid.

—Tengo un medio para que podamos entrar en el convento. Es muy peligroso, mucho, pero siendo el negocio de tal importancia como es, y pagando vos generosamente, puede arriesgarse todo.

—¿Pero decís que es seguro el éxito?

—En cuanto puede serlo en un asunto de esta clase.

—Veamos lo que se os ha ocurrido.

—Escuchadme.

—Comenzad.

—Debajo de la reja del coro, es decir, en el sitio mas oscuro de la iglesia de las Trinitarias, hay un banco.

—No lo sé—dijo Lagartija.

—Yo sí porque le he quitado el polvo muchas veces, aunque de peor gana que á la corona y al cepillo....

—Proseguid.

—Este banco no es un banco cualquiera, aunque es como otros muchos, porque al hacerlo fué sin duda con la intencion de que sirviese de arca para guardar velas ú otra cosa, y de banco para sentanse. No tiene patas, sino que esta formado como un cajon, y la tapa es el asiento sujeto con goznes á la parte de atrás. Tuvo llave en otro tiempo, pero desde que no sirve, nadie se acuerda de la cerradura, pero yo sí porque muchas veces me ha servido para ocultar en él aceite ó cera que á las manos se me venia.

—Bien—dijo el vizconde que estaba ya mas tranquilo—explicad ahora de qué puede servir ese cofre ó banco.

—Despues de las misas que se dicen diariamente, sigue abierta la iglesia hasta las diez ó las once de la mañana, porque hay muchos devotos que van á rezar á una santa Rita que está en un altar, y dejan limosnas, ya en dinero en el cepillo, ya en cera; pero sucede algunos dias que se pasa media hora sin que entre un alma, estando sola la iglesia, pues el sacristan duerme en la sacristía y las madres han dejado el coro.

—Voy adivinando vuestro plan.

—Me alegro porque eso prueba que no está mal pensado.

—Proseguid.

—En uno de esos momentos en que no hay nadie en la iglesia, se levanta el asiento del banco y se mete uno en el cajon.

—Bien.

—Allí se pása el dia y se come si se lleva qué, y por la noche, á la hora conveniente, se sale, y por la puerta que comunica con el coro bajo....

—¿Pero esa puerta?....

—Se abre con una llave maestra que se lleva al efecto, y con mayor facilidad cuando se conoce la cerradura como yo la conozco.

—¡Magnífico, señor sacristan!

—Qué fui.

—Adelante.

—Atravesar el coro, subir, entrar en la celda de esa dama sin hacer ruido y teparle la boca antes que despierte, es cosa de poco tiempo.

—¿Y si no estuviese dormida?

—Se le tapa la boca antes de darle tiempo para gritar.

—¿Pero y si gritase?

—Ya he dicho que habia que correr muchos riesgos, y ese es uno.

—Ciertamente.

—¿Qué os parece el plan?

—Buenísimo—contestó el vizconde—pero se me ocurre una cosa,

—¿Cuál?

—¿Cómo saldreis del convento?

—Volviendo á la iglesia, abiendo uno de los dos postigos de la puerta principal, lo cual puede hacerse sin mas que descorrer un cerrojo, y luego, adios y no me acuerdo si te vi.

—¿Y si el cerrojo hace ruido y lo siente el sacristan?

—Otro peligro de los que hay que atravesar; pero entonces ya hay campo libre donde correr, y mientras acuden á perseguirnos se puede trasponer la calle; sin contar con qué en un caso de apuro se le rompe la sotana al sacristan, de manera que tengan que zurcirle la barriga además del paño, y un rasgon hecho así suele cerrar el pico.

—¡Vive Dios!—exclamó entusiasmado el vizconde.—He de haceros ricos.

—O ser la causa de nuestra perdicion.

—Ahora dudo si valeis mas que Lagartija.

—No tanto, señor, porque él es bachiller, y yo, aunque he aprendido algunas palabras en latin, no he llegado á su altura.

—¿Te burlas?

—Ya sabes que nos conocemos.

—Sea como quiera, os repito que he de haceros poderosos.

—Santa y buena es vuestra intencion, señor vizconde, pero no quita lo cortés á lo valiente, y por lo que pueda ocurrir, bueno será que ajustemos antes el negocio como gente de razon.

—¿Pensais?...

—Pienso—repuso el ex-sacristan—que mejor se vé donde hay claridad.

—Soy de tu opinion—dijo Lagartija.

—¿Cuánto quereis?

—Ya se supone que los dos vamos á entrar en el convento, porque uno solo no podria salir adelante con la empresa.

—Desde luego.

—Pues bien, nos dareis para los dos cien escudos de oro.

—Mas vale el vino que se ha bebido este tunante desde que lo conozco—dijo el mancebo, señalando á Lagartija.—Os daré doscientos.

—No hay mas que hablar.

—Estamos convenidos.

—¿Qué garantía quereis?

—La tenemos en la punta de nuestros puñales.

El vizconde no contestó porque absortó en sus pensamientos, soñando con sus esperanzas, no oyó las últimas palabras del sacristan que demostraba ser aun mas atrevido y mas desvergonzado que Lagartija.

—Vaya—dijo este—que nos dé maese panzudo una botella por si es la última vez que brindamos.

—Esperad—interrumpió el mancebo;—otra dificultad se me ocurre.

—¿Cuál?

—Sin duda, la alegría de haber encontrado el ingenioso medio del banco, no os ha dejado pensar en lo mas importante.

—Bien puede ser.

—Habeis perdido la sacristía por...

—Demasiado limpio.

—Enhorabuena, pero la justicia os persigue.

—Y ha de costarle trabajo echarme el guante.

—Si os presentais en la iglesia en medio del dia....

—Descuidad, no seré yo sino un viejo mendigo, cojo y manco.

—Buena idea.

—No me apuro mientras haya barbas postizas.

—Ya veo que no os perdereis.

—Seguro estoy de que no me conocerá ni el buen padre á quien dí la coz, y casi estoy por decir que me dará limosna.

—Nada tengo ya que advertiros.

—Id descuidado.

—¿Cuándo nos veremos?

—Mañana para tratar de los pormenores y convenir en la parte que á vos os toca.

—Bebed á mi salud—dijo el vizconde, echando sobre la mesa una moneda de plata.

—Gracias, señor.

Salió el mancebo y los asesinos quedaron celebrando el negocio con una botella de manzanilla.

CAPITULO XXI.

Un grito de alegría y otro de dolor.



las diez de la mañana del siguiente día, el sol no había podido disipar las espesas nubes que aun cubrían el cielo y que amenazaban descargar otro aguacero como el anterior. Las calles estaban llenas de pantanosos charcos y de espeso lodo, y no podía transitarse por ellas sin que se hundiesen los pies hasta el tobillo por lo menos. Solamente los que tenían que acudir á su trabajo y los que tenían que despachar negocios urgentes, se atrevían á dejar sus casas, pues hasta las viejas mas devotas, y las beatas de oficio habían dejado de ir á misa. El número, pues, de personas que cruzaban las calles,

era escaso, hombres en su mayor parte, y algunas mujeres del pueblo.

Indudablemente, ningun dia como aquel hubiera sido tan á propósito para poner en ejecucion el proyecto de rapto de la berberisca, pues cuanto menos gente acudiese á la iglesia, con mas facilidad se presentaria la ocasion de esconderse en el banco.

Así lo comprendieron el bachiller y el sacristan, y con deseos de aprovecharse de la proteccion que el nublado les dispensaba y de ganar cuanto antes los prometidos doscientos escudos, se encaminaron al convento de las Trinitarias, provistos de una magra de jamon, un pan y una botella de vino que llevaban bien ocultos y que debian servirles para satisfacer el hambre y la sed durante el dia en su escondite.

A Lagartija lo hubiese conocido cualquiera; pero no así al sacristan que se habia transformado hábilmente.

Iba el rapavelas miserablemente vestido; habíase puesto en un ojo un parche de tafetan negro sujeto con una venda del mismo color, y envuelta la cabeza en un pañuelo que le cubria parte de la frente y sujetaba atrás con un nudo. Su rostro estaba medio tapado por una barba gris, súcia y despeinada, y la parte que esta dejaba al descubierto, tenia una palidez amarillenta como la de un enfermo que sufre una larga y continuada fiebre, pero que era en realidad producida por el humo de azufre quemado. De esta manera, con la falta aparente de la mitad del brazo izquierdo y con la torcedura del pie derecho que no le dejaba andar sino con mucho trabajo, nadie lo hubiera reconocido, ni él mismo, como le sucedió al mirarse á un espejo despues que se hubo disfrazado, pues se preguntó sorprendido: «¿Dónde estoy?»

Cuando llegaron á la calle del Humilladero, el bachiller apretó el paso, y dejando atrás á su camarada, se puso en pocos momentos en la iglesia donde entró con muestras de gran devocion. Solo una vieja y dos menestrales habia cerca

del altar mayor, lo cual era buen principio y auguraba mejor fin, pues, según presumió Lagartija, pronto quedaria la iglesia sola.

Debajo de la reja del coro estaba efectivamente el banco que debía prestar un importante servicio al vizconde, y apoyando una mano en el asiento, arrodillóse delante de él Lagartija y comenzó á darse golpes de pecho y á mover los labios como si rezase.

Un cuarto de hora despues, con inseguros y tardíos pasos, encorvada la espalda y la cabeza inclinada sobre el pecho, entró el transformado sacristan, tomó agua bendita, santiguóse y fué á colocarse junto á un extremo del banco. Se arrodilló, besó el suelo por tres veces, sacó un rosario que llevaba bajo su colete en compañía de un puñal de estrecha hoja y afilada punta, y comenzó á pasar lentamente las cuentas, murmurando ferviente rezo y aun dejando alguna vez entender tal cual palabra como las de *Pater noster* y *amen*.

Pasados pocos momentos se fué la beata despues de haber echado una moneda en el cepillo del altar de santa Rita, y antes de diez minutos, los menestrales, uno despues de otro, abandonaron tambien el templo.

El sacristan que habia sustituido al que conocemos, salió de allí á corto rato, echó una ojeada por la iglesia y se volvió á la sacristía.

—Esta es la ocasion—dijo para sí el rapavelas cesante.—
Aprovechemos estos momentos.

Luego tosió para llamar la atencion de Lagartija, y cuando este lo miró con disimulo, levantó un poco el asiento del banco.

El bachiller comprendió que habia llegado el momento de obrar, y acabando de abrir el arca, se deslizó dentro con la mayor ligereza y tras él su camarada.

No pudo ejecutarse la maniobra con mayor fortuna ni mas habilidad, ni tampoco mas á tiempo, pues apenas se habian

ocultado, el cura salió de la sacristía, y despues de orar algunos instantes, se fué del templo.

Un cuarto de hora despues estaba este cerrado, y cuando los asesinos esperaban que todo quedase en silencio, oyeron con estrañeza que entraban y salian las monjas y el sacristan y que hablaban mucho y se daban repetidas órdenes. No se atrevieron los encajonados á sacar la cabeza para averiguar la causa de aquel movimiento, pero nosotros que nada tenemos que temer podemos observar para decir á nuestros lectores lo que sucedia.

Algunas monjas se ocupaban en adornar los altares con flores y paños bordados, mientras que la abadesa iba dando al sacristan órdenes y este cubriendo algunos trozos de la pared con tapices flamencos y colgaduras de damasco carmesí galoneado de oro. Luego se colgaron algunas arañas de cristal, se aumentó el número de candeleros con velas adornadas con papeles de colores picados y rizados, se pusieron algunos sillones junto al altar mayor y en el suelo algunos almohadones de seda encarnada con borlas de oro, y en fin, se adornó la iglesia como si el siguiente dia fuese el de una solemne festividad.

¿Cuál era la causa de aquellos preparativos? Fácilmente la hubiese adivinado el ex-sacristan á no prohibirle la prudencia asomar siquiera un ojo para ver lo que se hacia.

Zoraida iba á profesar aquella tarde....

¡Infeliz! ¿Qué seria de ella cuando llegase á saber que su amante vivia? ¿Qué, cuando no hubiese remedio en lo humano para levantar los sagrados votos que la separaban del mundo y de su amante?

La segunda carta del poeta, que debia dar al traste con la criminal invencion del vizconde, no habia llegado aun porque como saben nuestros lectores, era portador de ella un veterano estropeado que caminaba á pié y sin una blanca. Pero tarde ó temprano, la carta llegaria, y si no aquella porque lo

estorbase cualquier accidente, otra, pues Cervantes no dejaría de aprovechar todas las ocasiones de escribir á su desconsolada madre. Y cuando así sucediera y la berberisca supiese que su amante vivía, que podía haber visto realizados sus deseos de unirse á él como legítima esposa, pero que entre los dos se abría el abismo insondable de sus votos, entonces la desesperacion deberia concluir con su vida en un momento, ó envenenar su existencia, haciéndola mas penosa que la muerte.

La situacion de Zoraida era en extremo triste el dia de su profesion, pero debia ser horrible, espantosamente horrible el dia en que se descubriese la falsedad de la muerte del poeta.

Doña Leonor debia ser la madrina de Zoraida porque esta se lo habia rogado así con insistencia, y á la hora del medio dia se preparaba la viuda para ir al convento, debiendo quedarse en casa Andrea para cuidar de su tierna hermanita Magdalena.

—Vais, madre mia — dijo Andrea á doña Leonor cuando esta se encontraba ya vestida—vais á cumplir un deber muy triste por la causa que lo motiva, y temo que al renovarse vuestros dolorosos recuerdos se altere vuestra salud: procurad dominaros porque habreis de sufrir mucho al ver el sacrificio de esa infeliz mujer cuya vida ha sido una série de continuas desgracias.

—Nada temas por mi—contestó doña Leonor.—¿Qué mas puedo sufrir que lo que he sufrido? ¿Cómo han de renovarse mis dolores si no se han cerrado las llagas de mi corazon?

—Bien hubiera yo querido escusaros lo que vais á padecer, siendo la madrina en vuestro lugar; pero os lo ha rogado, va á separarse para siempre del mundo y no hubiera sido humanitario negarle el último favor que pide al enterrarse en vida.

—Tengo que hacer este sacrificio.... ¡Pluguiese á Dios que fuese el último!

Doña Leonor besó á sus hijas, y con los ojos preñados de

lágrimas salió de su pobre vivienda y se encaminó al convento con vacilantes pasos.

Pocos momentos despues Magdalena se durmió en el suelo, con la cabeza sobre su paciente gato, y Andrea se estremeció al encontrarse sola y en medio del silencio sepulcral que reinaba en toda la casa.

Cuantas tristes ideas acudieron á su mente escusamos decirlo; baste saber que muchas veces el llanto bañó sus pálidas mejillas y de su ahogado pecho se escaparon tristes y dolosos suspiros.

Magdalena seguia durmiendo con todo el descuido de su inocencia, con toda la tranquilidad de su ignorancia, y su viviente almohadon tambien dormia sin hacer el menor movimiento.

Pasaron dos horas que fueron como dos siglos para Andrea. —Tal vez—dijo—camine en este momento hácia el altar.

No se equivocaba.

Muy pronto la negra y reluciente cabellera de la berberisca debia crujir entre las afiladas hojas de las tijeras como para que desapareciese hasta el último recuerdo de lo que en el mundo pudo haber sido motivo de vanidad. Ya habrian desaparecido bajo el tosco sayal las esbeltas formas que en otro tiempo no conocian rival en sus puros contornos; y sus ojos centellantes, de mirada altiva, de amorosa espresion, se bajarian humildemente para mirar la tierra ó verter una lágrima; y sus labios rojos, hechiceros, provocativos, perenne manantial de encantadoras sonrisas, murmuradores incansables de dulcísimos, lánguidos y amorosos arrullos, habrian perdido su color y se abririan trabajosamente para dar salida á las severas palabras de santo rezo ó del triste *pulvis est* que nos recuerda la realidad y nos presenta convertido en asquerosos gusanos el pobre oropel de nuestras vanidades.

Quando mas absorta estaba Andrea en sus tristes pensamientos, quando fija toda su atencion en una sola idea se en-

contraba en ese estado en que se hace abstraccion completa de cuanto pasa en el mundo exterior, llamaron á la puerta con dos golpes, y como si despertase asustada, se estremeció y no pudo reprimir un grito de espanto. Pero aquella primera impresion pasó rápidamente, y repuesta en seguida, levantóse y fué á ver quien habia llamado.

—¿Quién es?—preguntó mirando por la rejilla y viendo á un hombre.

—¿Vive aquí doña Leonor de Cortinas?—dijo el que estaba á la parte de afuera.

—Aquí vive: ¿qué se os ofrece?

—¿Sois vos?

—No.

—Deseo verla.

—Ha salido de casa.

—Lo siento porque me gusta cumplir los encargos de mis amigos tal y como me los hacen; pero volveré despues ó mañana, segun me digais vos que es mas oportuno para verla.

—Dentro de dos horas habrá vuelto, pero tal vez no podais hablarle hasta mañana.

—Bien, señora, mañana me tendreis aquí sin falta alguna, pero entretanto no quiero privarla de un placer y os dejaré un encargo.

—Como gustéis.

El hombre sacó un papel bastante sucio y arrugado, lo introdujo por el ventanillo y repuso:

—Hacedme la merced de darle esa carta que le traigo de Portugal....

—¡De mi hermano!—exclamó Andrea, apoderándose del papel como un avaro de su tesoro cuando intentan robárselo.

—¿Sois la hija de Doña Leonor?....

—Sí.... entrad.

Andrea abrió la puerta y pasó adelante el hombre que era el veterano portador de la carta del poeta.

Creyó la viuda que la carta seria de Rodrigo, pero al ver la firma de Miguel, sus megillas se llenaron de lágrimas y besó repetidas veces el nombre de su querido hermano.

—¡Infeliz!—exclamó.

Y luego leyó el escrito detenidamente.

—¡No puedo abrazarlo!—repuso.—¡No lo veré mas!....

—¿Por qué?—replicó alegremente el rudo soldado.—¡Vive Dios!.... ¿Perdeis la esperanza de verlo ahora que pasó el peligro y que volverá muy pronto porque nada hay que hacer allí?

—Buen hombre, ignorais la desgracia de mi pobre hermano.... ha muerto....

—¡Que ha muerto!—exclamó sorprendido el veterano.—¿Cómo, si nunca ha gozado mejor salud?....

—Las balas no respetan la salud.

—Señora, creo que no os he comprendido, y no es estraño porque soy bastante torpe. Mirad que quiero á vuestro hermano como á las niñas de mis ojos.... ¿Qué balas si ha quedado aquello como una balsa de aceite? La última batalla se dió muchos dias antes de salir yo de Portugal, y despues, segun todo el mundo sabe, no ha habido mas que fiestas por la coronacion del rey.

—Ahora me toca á mí no comprenderos.

—Debeis saberlo lo mismo que yo porque segun me dijeron los dos habian escrito á vuestra señora madre antes de que yo saliese de Aveiro!

—Ciertamente.

—Y os daban la noticia de la conclusion de la guerra....

—Aquí dice tambien que habia escrito dos dias antes, pero no hemos recibido la carta.

—Esto es para volverse loco.

—¿Es estraño que se haya perdido?

—¿No decís que el señor Rodrigo os ha escrito noticiándoos la muerte que no creo del señor Miguel?

—Si—contestó Andrea, algo pensativa.

—Esa carta debe ser posterior á esta puesto que yo lo dejé vivo.

Andrea miró entonces la fecha de la carta, palideció, volvió á mirar y luego dijo:

—¡Dios mio!.... Está escrita despues del dia en que Rodrigo dice que murió.... ¿Qué significa esto?... Esplicaos, buen hombre....

—¡Que me explique!.... Al contrario, no entiendo una palabra de este enredo. Asegurais que vuestro hermano ha muerto en una batalla, y desde que salí de Portugal no sé ha disparado un mosquete.

—No comprendo.... ¡Ah!.... Esta duda es horrible....

—¡Vive Dios! señora, que en este asunto debe haber trampa.

Andrea fijó una mirada penetrante y escudriñadora en el veterano, porque como éste, creyó que alguna intriga era el origen de la contradiccion que resultaba entre ambos escritos. Bien hubiera podido suceder que se hubiesen perdido las dos cartas primeras, y que despues de escritas hubiese muerto Miguel; pero la en que daba Rodrigo noticia del fatal suceso era anterior á la que llevaba el veterano, y éste habia visto vivo al poeta. De todo esto dedujo Andrea despues de meditar largo rato lo que era muy natural deducir, que una de las dos cartas era falsa. ¿Pero con qué fin habia nadie de suponer la muerte de Cervantes, estando vivo, ni que existia, si habia muerto?

Era preciso aclarar aquella duda, y aclararla al instante, no solamente por lo que interesaba á la madre y á la hermana del poeta, sino por Zoraida que quizás en aquellos momentos pronunciaba los votos religiosos, lo cual debia evitarse si efectivamente no habia muerto Miguel.

—«Hace dos dias que os escribi»—volvió á decir Andrea, leyendo.—Dos dias.... esta carta es del 15, luego....

Sin detenerse abrió el cajon de una mesa, sacó la carta falsificada, miró la fecha y repuso:

—Del dia 15.... el mismo en que Miguel dice que escribió.... ¡Dios mio!....

Y examinó detenidamente la letra, y ya fuese porque su sospecha le hizo ver lo que no habia, ya porque no estuviere imitada con tal perfeccion que dejase de conocerse la falsedad, parecióle que era dudosa su autenticidad al reparar en ciertos rasgos.

—¿Qué sacais en limpio?—le preguntó el soldado con estremada curiosidad.—Decídmelo porque estoy en áscuas y....

—¿Jurais haber visto vivo á mi hermano Miguel el dia quince del mes pasado?

El veterano hizo la señal de la cruz y estampó en ella un sonoro beso.

—Lo juro—dijo—por esta cruz que ha de salvarme.

Con tal acento de verdad y de fé pronunció estas palabras que Andrea dejó escapar un grito de júbilo.

—¿Quién os ha traído ese maldito papel?—repuso el soldado.—Porque el señor Miguel me dijo que su carta y la del señor Rodrigo las habian entregado á un mancebo á quien no conocian, pero que tenia los aires de un gran señor.

—¿Jóven?

—Muy jóven....

—¿Os dió algunas mas señas, su nombre?....

—No me dijo mas sino que un caballero de la órden de Calatrava á quien conocieron por casualidad....

—¿De la órden de Calatrava!....

—Sí.

—Es el mismo....

—Pues os ha engañado....

—¿Con qué fin?

—El mundo está perdido, y quién sabe lo que pueden proponerse haciendo creer que vuestro hermano ha muerto....

La agitacion de Andrea era cada vez mas visible. Sufria mucho, no se atrevia á creer que vivia su hermano, porque el desengaño hubiera sido un terrible golpe. ¿Pero cómo renunciar á tan lisonjera idea? Ademas, aquel hombre en cuyo rostro se veia pintada la verdad y la franqueza, habia jurado que Miguel vivia.

—¡Dios mio, esta duda me mata!—exclamó la infeliz Andrea con voz ahogada.—¿Qué haré? ¿Debo evitar que profese esa desdichada? ¿Y si luego?... ¡Inspiradme, Dios mio!

—Si yo supiese leer—replicó el soldado,—os juro que habia de encontrar en esa carta algo que me probase su falsedad.

...—Yo os la leeré.

—Sí, hacedme ese favor.

Andrea comenzó la lectura de la fingida carta de Rodrigo, que como ya sabemos, decia:

Madre mia, os escribo con el corazón transido de dolor: ayer tuvimos un encuentro con las tropas del Prior....

—¡Basta!—gritó el soldado, interrumpiendo á la viuda.—
¡Por el infierno!.... Eso es mentira.

—¿Podreis probarlo?—preguntó afanosamente Andrea.

—¿En qué dia se escribió esa carta?

—El trece....

—¡Vive Dios!.... ¡Decid que si puedo probarlo!.... Carta canta, señora.

—¡Oh!.... explicaos, explicaos....

El veterano sacó de un bolsillo interior de su coleteo un papel cuidadosamente doblado, y dijo:

—Tomad, señora. En este documento, que es mi licencia para retirarme del servicio de las armas, se dice que perdi este brazo en la última batalla que se dió el dia dos del pasado mes. ¿Dudareis ahora?

Andrea cogió el certificado y la leyó con avidez.

—¡Vive!—exclamó la infeliz cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

Y luego tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillón porque sintió que le faltaban las fuerzas.

—¿Estais convencida?

—Sí, sí.

—Alguien tiene interés en que muera ó aparezca muerto vuestro hermano.

En la mente de la viuda surgió repentinamente una idea que no se le habia ocurrido.

—¿Será—murmuró—una intriga de ese mancebo que persigue á la berberisca para ver si por este medio se hace amar de ella? Es, segun dicen, como el portador de la carta, jóven, hermoso.... ¡Ah!.... Y la cruz de Calatrava.... ¡Es él!.... ¡Vive mi hermano!

Andrea corrió como una loca por el aposento, y despues de avanzar y retroceder como si no acertase á salir, se detuvo un instante, y luego entró en la habitacion inmediata, volviendo á poco mal cobijada con un largo manto.

—Es preciso salvarla—dijo.

Pero mirando á Magdalena, de quien se habia olvidado y que seguia durmiendo, repuso:

—No puedo dejarla sola....

—¿Os puedo servir de algo?—preguntó el veterano.

—¡Oh! sí.... Quedaos aquí hasta que yo vuelva y cuidad de esa criatura.... Perdonad.... voy á impedir que suceda una horrible desgracia.... ¡Dios mio, no permitais que la infeliz pronuncie un juramento de que ha de arrepentirse!

Andrea aceptó los ofrecimientos del veterano, y sin reparar en que llamaba la atencion de los transeuntes, corrió como si la persiguiesen, dejó atrás la empinada costanilla, la cenagosa plazuela de puerta de Moros y entró en la calle del Humilladero.

Cuando llegó á las Trinitarias apenas podia respirar y se vió obligada á detenerse para tomar aliento. Escuchó por un instante, pero ni los ecos armoniosos del órgano ni otro ru-

mor llegó á sus oídos. O la ceremonia no habia comenzado, ó habia concluido y ya no era tiempo de salvar á la berberisca.

—¡No debo perder un instante!—exclamó.

Luego llamó, dijo su nombre, le abrieron y preguntó á la monja que salió á recibirla:

—¿Dónde está doña María?

—En la celda de la superiora—le contestó la religiosa—pero....

Andrea no escuchó mas y se precipitó á través de un pasillo, subió una escalera, atravesó un corredor y entró en la celda de la abadesa.

Esta se encontraba allí con Zoraida y doña Leonor, y Andrea creyó que se preparaban para la ceremonia.

—¡Vive!—exclamó al entrar.—¡Vive mi hermano!.... ¡Nos engañó el seductor infame!....

—¡Andrea!—dijeron á la vez doña Leonor y la berberisca que miraron con espanto á la recién llegada.

—¡Vive!.... No estoy loca.... sí, estoy loca, pero es de alegría.... Ya no sereis monja....

Los ojos de la berberisca se dilataron, su rostro palideció, y mientras doña Leonor se apoderaba de la carta de Miguel, que Andrea llevaba en la mano, murmuró:

—Decís que.... Miguel....

—No ha muerto y pronto lo vereis.

Zoraida abrió la boca, pero no pudo pronunciar una palabra; dilatáronse mas sus negras pupilas y se iluminaron con extraño fuego mientras que, estendiendo pausadamente el brazo derecho, señaló hácia el reclinatorio de la abadesa.

Andrea fijó allí su mirada y dejó escapar un grito á la vez que la berberisca una carcajada estridente, nerviosa, tras la cual cayó al suelo sin sentido.

Sobre el reclinatorio estaba la negra cabellera de la infeliz que acababa de profesar.

Reinó un silencio pavoroso.

La agitada respiracion de aquellas cuatro mujeres se percibió clara y distintamente como el estertor de un moribundo. Ninguna se atrevió á moverse como si tuviese miedo de su sombra ó de sí misma.

La luz del sol empezaba á desaparecer.

En el umbral de la puerta, postrada de rodillas, con las manos cruzadas y elevando al cielo una mirada de profundo dolor, habia otra persona en la cual nadie habia reparado: era Zamareta por cuyas negras y relucientes megillas corrian gruesas lágrimas.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

La agitada respiración de aquellas cuádras mujeres se percibió clara y distintamente como el estertor de un torbellino. Ninguna se atrevió á moverse como si fuese el golpe de su senuera ó del viento.

La luz del sol empezaba á desaparecer.

En el umbral de la puerta, rodeada de rodajas, con las manos cruzadas y mirando al cielo, una mirada de profundo dolor, había una persona en la cual nadie había reparado; una figura que, cuyas negras y relucientes mejillas corrían grandes lágrimas, con un suspiro de dolor y una mirada de

tristeza y desesperación, miraba hacia el cielo, como si quisiera ver á Dios, y como si quisiera decirle que se acordara de ella.

En aquel momento, el viento se levantó con fuerza, y las rodajas comenzaron á volar por el aire, como si quisieran escapar de allí.

En aquel momento, se oyó un ruido extraño, como si alguien hubiera caído, y se volvió a mirar hacia el umbral de la puerta.

En aquel momento, se oyó un ruido extraño, como si alguien hubiera caído, y se volvió a mirar hacia el umbral de la puerta.

En aquel momento, se oyó un ruido extraño, como si alguien hubiera caído, y se volvió a mirar hacia el umbral de la puerta.

En aquel momento, se oyó un ruido extraño, como si alguien hubiera caído, y se volvió a mirar hacia el umbral de la puerta.

En aquel momento, se oyó un ruido extraño, como si alguien hubiera caído, y se volvió a mirar hacia el umbral de la puerta.

En aquel momento, se oyó un ruido extraño, como si alguien hubiera caído, y se volvió a mirar hacia el umbral de la puerta.

En aquel momento, se oyó un ruido extraño, como si alguien hubiera caído, y se volvió a mirar hacia el umbral de la puerta.

106	Cómo Cervantes daba los consejos de que él no costaba.	XIV
170	De Arjel á España.	XV
182	De la primera visita que el señor Rodrigo de Carvantes hizo en la corte.	XVI
191	De la vuelta de Cervantes á España.	XVII
200	Del resultado que tuvo el sereno de Rodrigo de Carvantes.	XVIII
210	Cómo fué la desgracia sucedida y la que estuvo á punto de sucederle.	XIX
215	De lo que trató el señor Mamiel y Rodrigo de Carvantes.	XX
222	Si se mesó después.	XXI
231	De cómo Cervantes fué á reunirse con sus compañeros.	XXII
241	De cómo llegó el bocado de pan.	XXIII
251	Del resultado que dió la nueva tentativa de escaparse.	XXIV
254	De cómo se escapó de la cárcel de Lepanto.	XXV
272	De cómo Cervantes cumplió su propósito.	XXVIII
281	De la entrevista de Cervantes con el señor Mamiel.	XXIX
298	Cómo se encontraron los señores Mamiel y Cervantes.	XXX
304	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XXXI
314	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XXXII
325	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XXXIII
330	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XXXIV
335	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XXXV
340	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XXXVI
345	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XXXVII
350	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XXXVIII
355	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XXXIX
360	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XL
365	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XLI
370	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XLII
375	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XLIII
380	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XLIV
385	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XLV
390	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XLVI
395	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XLVII
400	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XLVIII
405	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	XLIX
410	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	L
415	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LII
420	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LIII
425	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LIV
430	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LVI
435	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LVII
440	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LVIII
445	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LX
450	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXI
455	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXII
460	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXIII
465	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXIV
470	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXV
475	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXVI
480	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXVII
485	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXVIII
490	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXIX
495	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXX
500	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXI
505	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXII
510	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXIII
515	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXIV
520	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXV
525	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXVI
530	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXVII
535	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXVIII
540	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXIX
545	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXX
550	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXI
555	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXII
560	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXIII
565	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXIV
570	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXV
575	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXVI
580	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXVII
585	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXVIII
590	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXIX
595	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXX
600	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXI
605	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXII
610	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXIII
615	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXIV
620	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXV
625	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXVI
630	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXVII
635	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXVIII
640	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXIX
645	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXX
650	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXI
655	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXII
660	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXIII
665	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXIV
670	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXV
675	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXVI
680	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXVII
685	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXVIII
690	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXIX
695	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXX
700	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXI
705	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXII
710	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXIII
715	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXIV
720	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXV
725	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXVI
730	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXVII
735	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXVIII
740	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXIX
745	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXX
750	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXI
755	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXII
760	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIII
765	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIV
770	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXV
775	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVI
780	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVII
785	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVIII
790	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIX
795	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXX
800	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXI
805	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXII
810	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIII
815	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIV
820	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXV
825	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVI
830	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVII
835	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVIII
840	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIX
845	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXX
850	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXI
855	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXII
860	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIII
865	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIV
870	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXV
875	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVI
880	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVII
885	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVIII
890	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIX
895	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXX
900	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXI
905	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXII
910	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIII
915	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIV
920	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXV
925	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVI
930	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVII
935	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVIII
940	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIX
945	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXX
950	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXI
955	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXII
960	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIII
965	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIV
970	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXV
975	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVI
980	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVII
985	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXVIII
990	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXXIX
995	De cómo Cervantes se escapó de la cárcel de Lepanto.	LXXXXXXX

XIV.	Cómo Cervantes daba los consuelos de que él necesitaba.	166
XV.	De Argel á España.	176
XVI.	De la primer visita que el señor Rodrigo de Cervantes hizo en la córte.	183
XVII.	De la vuelta á su casa del señor Rodrigo.	194
XXVIII.	Del resultado que dió el sacrificio de Rodrigo de Cervantes.	200
XIX.	Cuál fué la desgracia sucedida y la que estuvo á punto de suceder.	210
XX.	De lo que trataron Miguel y Rodrigo.	215
XXI.	Siete meses despues.	225
XXIII.	De cómo Cervantes fué á reunirse con sus compañeros.	234
XXIV.	De cómo llegó el deseado bajél.	241
XXV.	Del resultado que dió la nueva tentativa de desembarque.	254
XXVI.	Donde se da cuenta de lo que hizo el dorador.	260
XXVII.	Abnegacion de Cervantes.	265
XXVIII.	Cómo Cervantes cumplió su propósito.	272
XXIX.	De la entrevista de Cervantes y Azan.	281
XXX.	Cómo se encontraba Zoraida.	298
XXXI.	Donde volveremos á ver al anciano señor Rodrigo de Cervantes.	304
XXXII.	Una herida de muerte en el alma.	314
XXXIII.	Lágrimas.	323
XXXIV.	Lo que sucedia en Argel.	330
XXXV.	El contrato.	336
XXXVI.	De cómo Cervantes pensaba bien al pensar que no debe cantarse victoria antes de haber vencido.	342
XXXVII.	Cervantes sigue dando pruebas de su abnegacion.	353
XXXVIII.	Ingenio contra fuerza.	362
XXXIX.	En Madrid y en Argel.	368
XL.	Mal principio.	379
XLI.	De la entrevista de Fray Juan Gil con Cervantes.	385
XLII.	Síguese tratando del rescate de Cervantes y de los proyectos de Zoraida.	393
XLIII.	El último esfuerzo.	399
XLIV.	Lo que sucedió despues del rescate.	410

PARTE SEGUNDA.

DESEÑAÑOS.

PÁGINAS.

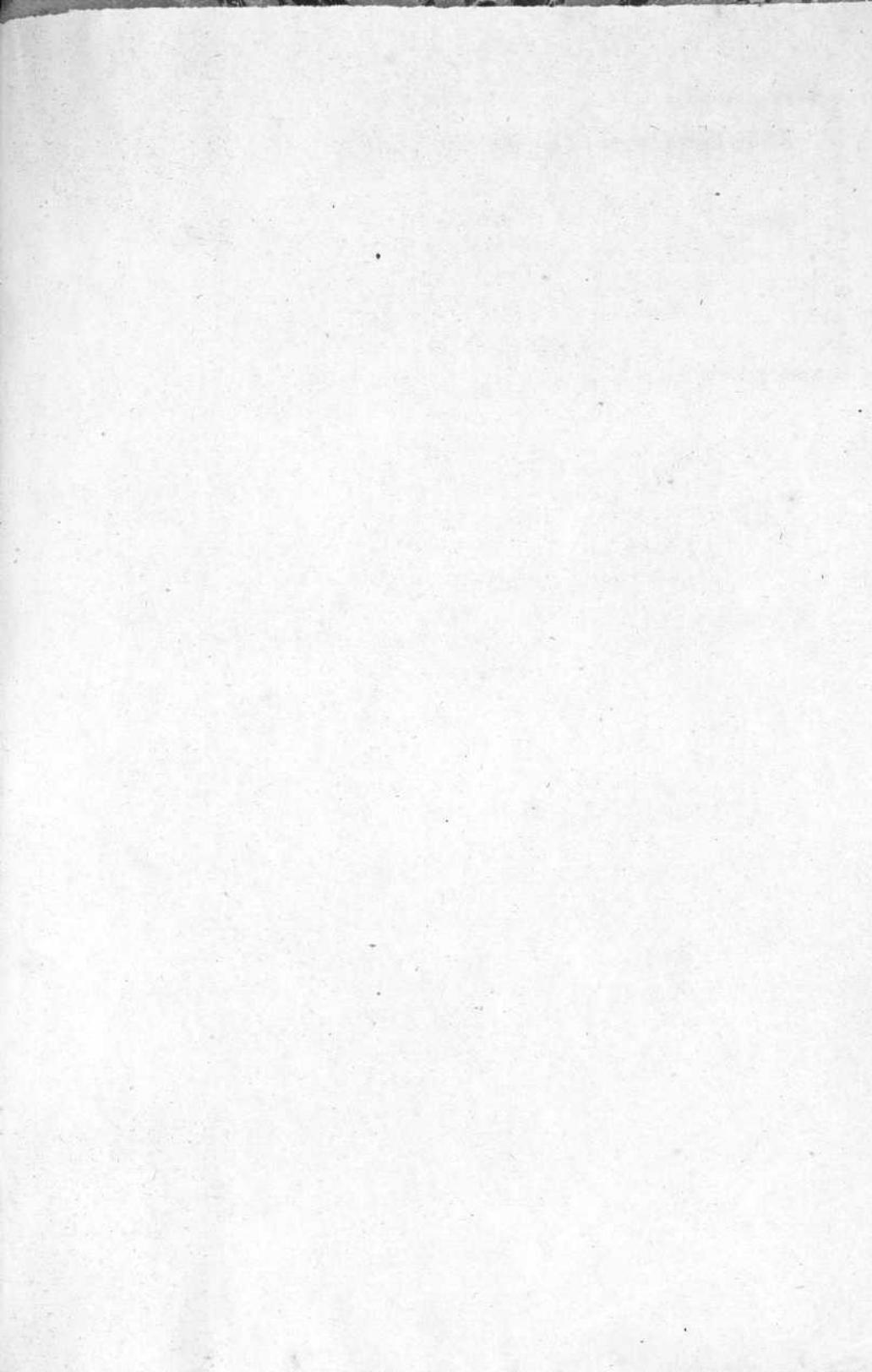
I.	¡Hijo mío!	415
II.	Donde se trata del contenido de los pliegos cerrados que el anciano Cervantes dejó para su esposa y para su hijo Miguel.	424
III.	De la resolución que tomó Cervantes.	454
IV.	Donde volvemos á ver á Zoraida.	442
V.	De la conversacion que tuvieron el vizconde y maese.	456
VI.	Donde volvemos á Portugal.	464
VII.	Donde se verá que Miguel de Cervantes no habia perdido nada de su antiguo valor.	476
VIII.	De cómo Felipe II conquistó un reino, y Cervantes un corazón.	482
IX.	Ocho días despues.	494
X.	Contraste.	501
XI.	Cuál era el proyecto del bachiller y cómo se practicó.	516
XII.	Del resultado que dió el plan del bachiller Lagartija.	524
XIII.	De cómo los unos huyen y los otros persiguen.	534
XIV.	Nuevas intrigas.	544
XV.	Para lo que habian de servir las cartas de Miguel y de Rodrigo de Cervantes.	556
XVI.	La carta falsa empieza á producir sus efectos.	565
XVII.	La carta sigue produciendo sus efectos.	572
XVIII.	Cómo se encontraba Zoraida.	577
XIX.	De cómo todos iban perdiendo cada vez mas, excepto el bachiller.	585
XX.	De cómo el sacristan era mozo de tanta cuenta como Lagartija.	593
XXI.	Un grito de alegría y otro de dolor.	601

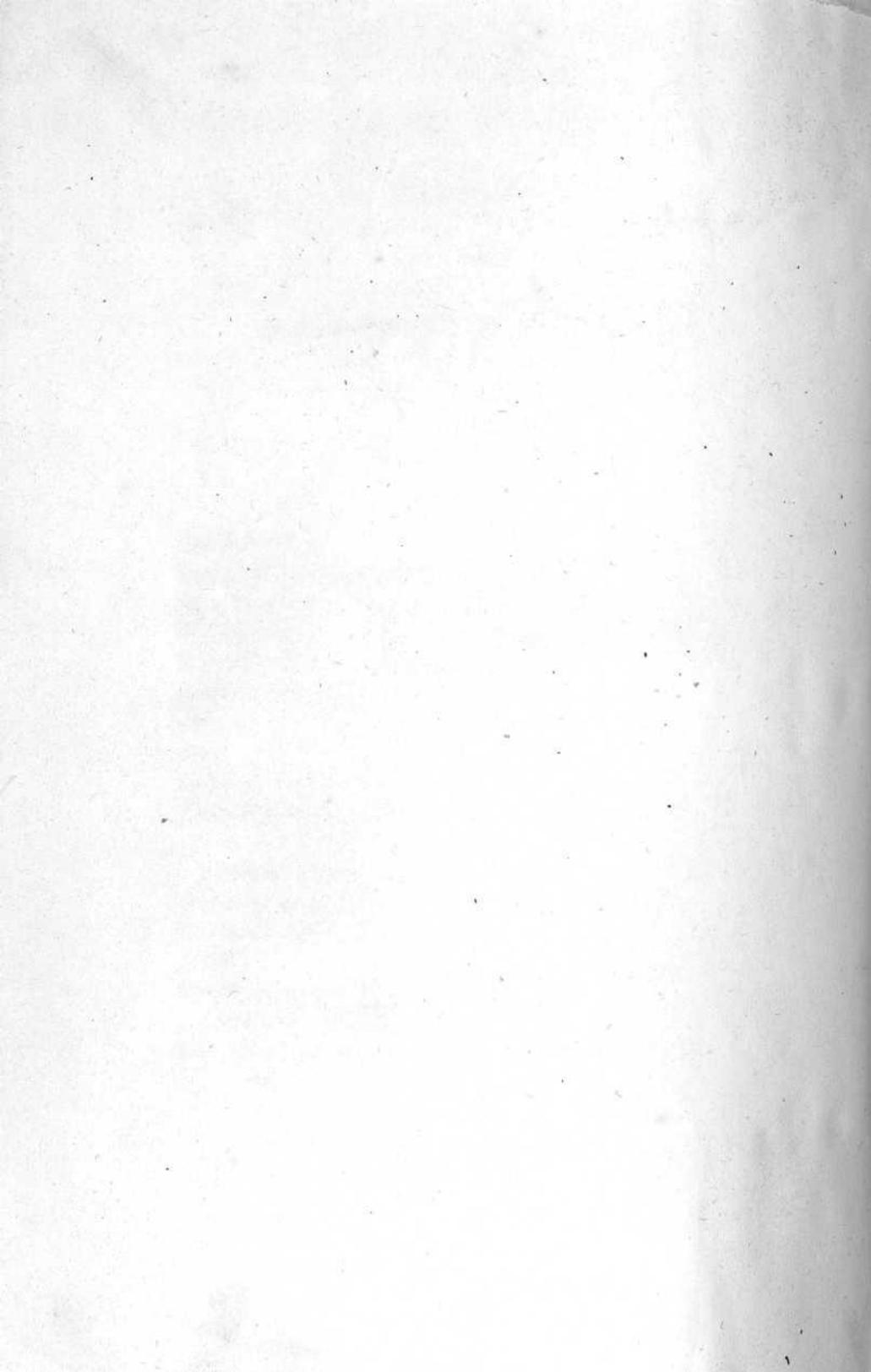
PLANTILLA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DEL TOMO I.

	PÁGINAS.
PORTADA:	1
Retrato de don Ramon Ortega y Frias.	3
Oprimió contra su ensangrentado pecho el estandarte.	44
Tiemblo porque me amenazas dijo la negra cayendo de rodillas.	72
Que lo ahorquen ahora mismo, que lo ahorquen.	124
¿Los habeis visto?—Sí—contestó el alférez.	178
Tuyo es mi corazon, mi pensamiento es tuyo.	230
¡Solo yo soy el criminal!	273
¿Quién eres? le preguntó al fin Azan.	281
¡Señor comendador!—exclamó levantando la cabeza con orgullo.	321
—Y si Dios dispone que sucumbamos en tan noble empresa	
al menos moriremos con gloria.	341
¡Dejadme paso ó matadme!	407
Ni advirtió que un caballero jóven, ricamente vestido, iba tras ella.	454
Zoraida abrió repentinamente los ojos y dejó escapar un grito desgarrador de espanto.	528
Cayó sobre el pavimento, presa de una violenta convulsion.	576





MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.	181	Precio de la obra.....
Estante..	14	Precio de adquisición.
Tabla.....	3	Valoración actual.....
Número de tomos....		





CERVANTES

I,

J, V.



181.